

consumado, contra el cual nada se puede!... A pesar de lo contrariado que estaba el señor Folgat al hacerle saber la señorita Dionisia la peticion de las tias Lavarande, evitó el darlo á conocer.

¿No debía tener su sangre fría para todo, en medio de aquella familia tan cruelmente herida?...

Por otra parte, el señor de Chandoré disimuló mal su disgusto.

Y en despecho de su respeto por la voluntad de la señorita Dionisia, dijo:

—Es verdad, querida hija, no digo que has cometido un error.... Sin embargo, concedes á tus tias, sabes que son poco conciliadoras.... Son capaces de exasperar al señor Galpin Daveline...

—¿Qué importa?... interrumpió altivamente la nieta. La circunspeccion se emplea para los culpables, y repito que Santiago es inocente....

—La señorita tiene razon, aprobó el señor Folgat que pareció así respetar como toda la familia, el ascendiente de la señorita Dionisia. Cualquiera cosa que puedan hacer ó decir las señoritas de Lavarande, no empeorará la situacion. El señor Galpin Daveline no será ni más ni menos que un encarnizado enemigo.

El abuelo Chandoré tuvo un sobresalto.

—Sin embargo.... comenzó.

—¡Oh!.... no es á él á quien me refiero, interrumpió el joven abogado, sino á la institucion de la que él soporta la fatalidad. ¿Es posible que un juez de instruccion permanezca absolutamente imparcial en ciertas causas retumbantes como ésta, en que arriesga en cierto modo su porvenir!.... Ciertamente que puede ser uno magistrado integro, incapaz de prevaricar, estrechamente apegado á su deber, pero es hombre y tiene intereses!... La secretaria de justicia se disgusta con ver indagaciones que acaban por la absolucion del acusado. El juez á quien se recompensa no es siempre aquel que mejor descubre la verdad en un negocio tenebroso....

—Pero el señor Galpin Daveline era nuestro amigo, señor.... si eso es lo que me espanta. ¿Cuál será su situacion el día que se reconozca al señor de Boiscoran inocente?....

—¡En fin!.... vamos á saber lo que han hecho las tias Lavarande.

Entraron en efecto muy satisfechas de su expedicion, agitando triunfalmente la copia de la carta de Santiago.

Aquella copia la tomó la señorita Dionisia, y mientras se ponía á leerla á solas, la señorita Adelaida refería lo de la entrevista, diciendo cuán firme y desdefiosa habia estado y

cuán humilde y arrepentido le había parecido el señor Galpin Daveline en su actitud.

—Porque estaba azorado, replicaron al mismo tiempo las viejas señoritas, aniquilado, consternado....

—Si, acabais de dar un buen golpe, gruñó el señor de Chandoré y os recomiendo que os mostreis vanidosas....

—Las tias se han portado bien, declaró la señorita Dionisia. Ved ahora lo que me dice Santiago. Es preciso y claro. ¡Qué podemos temer despues de esta última frase: 'Estad sin inquietudes.... Podré, en el momento dado, disipar ese funesto error....'

Habiendo tomado y leído la copia, el señor Folgat inclinó la cabeza.

—No era necesaria esa carta, pronunció, para fijar mi opinion. En el fondo de este negocio hay un secreto que ninguno de nosotros ha penetrado. Solamente el señor de Boiscoran es bastante temerario para jugar así en un proceso criminal. ¡Que no se hubiera disculpado en el acto! Lo que era fácil ayer, puede llegar á ser difícil mañana é imposible dentro de ocho dias....

—Santiago, señor, exclamó la señorita Dionisia, es un hombre muy superior para que no se sujete absolutamente á lo que ha dicho....

La señora de Boiscoran que entraba, impidió al abogado responder.

Dos horas de reposo habian devuelto á la desgraciada una parte de su energía y de su presencia de ánimo acostumbrado, y venia á pedir que se enviara un telegrama á su marido.

—Es al menos lo que se puede hacer, murmuró el señor de Chandoré, aunque en verdad es bien inútil. ¡Boiscoran no se ocupa de su hijo, á fé mia!.... ¡Ah!.... si se tratara de una loza rara ó de un plato que faltara á su coleccion, esa sería otra historia....

El despacho, bastante reducido, fué enviado al telegrafo, precisamente cuando llegó un criado á anunciar que la comida estaba servida.

Aquel acto fué menos triste de lo que se hubiera supuesto. Es verdad que cada uno tenia su corazon oprimido, pensando que en aquel mismo momento un carcelero servía á Santiago, lo acostumbrado en la prision. La señorita Dionisia no pudo contener una lágrima viendo al señor Folgat en el lugar destinado á su prometido....

• Pero nadie, menos el joven abogado, creia que Santiago estuviera verdaderamente en peligro.

El señor Seneschal, por ejemplo, que llegó en

el momento en que se servía el café, participó de una manera manifiesta, de las mismas ansiedades del señor Folgat.

El excelente corregidor venía de recoger noticias de su amigo, y les dijo cómo había pasado el día.

El entierro de los bomberos se había verificado sin ruido, pero con una profunda emoción. Las manifestaciones que se temían no habían dado señal de vida, y el doctor Seignebos no había tomado la palabra en el cementerio.

—Manifestaciones y discursos hubieran sido, por otra parte, mal acogidos, agregó el señor Seneschal, porque había tenido el dolor de ver comprobado que la inmensa mayoría de los habitantes de Souvsterre, creía firmemente en la culpabilidad del señor de Boiscoran.

En varios grupos había escuchado á las gentes decir: "Y sin embargo, vereis que no sale condenado. Un pobre diablo que hubiera cometido ese abominable crimen, con seguridad sería decapitado. Pero él, el hijo del marqués de Boiscoran.... vereis como lo declaran inocente."

El rodar de un coche que se detuvo á la puerta de la calle, le cortó el uso de la palabra.

—¿Qué es eso?... dijo la señorita Dionisia poniéndose de pié.

Se escuchaba en el corredor un ruido de voces y de pasos, era algo producido como efecto de una lucha y casi inmediatamente después se abrió la puerta del comedor y se presentó el hijo del quintero de Boiscoran, Miguel, exclamando:

—¡Es un hecho; lo tengo, aquí lo traigo!...

Y al mismo tiempo empujó á Cocolé que se debatía gruñendo y arrojando en su derredor las miradas extraviadas de la béstia cogida por sorpresa.

—¡A fé mia, muchacho! exclamó el señor Seneschal, habeis sido más hábil que los gendarmes.

La manera con que guiño un ojo Miguel, probaba que estaba satisfecho al ver que su fé en la habilidad de la gendarmeria, no era ilimitada.

—Cuando prometí al señor baron, dijo, desanidar á Cocolé, ya tenía mi idea. Sabia que en las temporadas en que acostumbraba esconderse como una béstia pestilente que es, se iba á una especie de agujero que él se ha formado entre las rocas, en la parte más espesa del bosque de Rochepommier. Es la casualidad la que me ha hecho descubrir su escondite, porque podía pasarse cien veces al frente ó por arriba, sin que se sospechara que allí existía. Así es que cuando el señor baron me dijo que el "ino-

cente" había desaparecido, pensé y me dije: Es seguro que se oculta en su agujero, vamos á ver.... Sólo que puedo decir que me costó trabajo sacarlo: el pícaro no quería venir, y defendiéndose me mordió una mano, como un perro rabioso que es....

Al efecto, Miguel agitaba su mano izquierda que tenía envuelta con un lienzo ensangrentado.

—Para hacer venir á mi idiota, prosiguió, he tenido toda una historia. Me he visto obligado á amarrarle las manos y á llevarlo á la casa de mi padre. Allí lo subimos á nuestro cabriolé, y hélo aquí..... ¡Mirad qué lindo muchacho!.....

Estaba feo en aquel momento, su semblante lívido, lleno de manchas rojas, sus labios colgantes cubiertos de barba, sus miradas embotadas.

—¡Por qué no querías venir? le preguntó le señor Seneschal.

El idiota pareció no comprender.

—¡Por qué has mordido á Miguel? insistió el corregidor.

Cocelé no no respondió.

—¡Sabes que el señor de Boiscoran está preso á causa de lo que has dicho?....

Tampoco respondió.

—¡Ah! no vale la pena interrogarlo....dijo

Miguel, Aunque insietierais hasta mafia, era más fácil que le sacarais el alma del cuerpo, que una palabra de la boca.

—Tengo.... tengo hambre.... tartamudeó Cocolé.

El señor Folgat hizo un gesto de indignación.

—¡Y pensar, murmuró, que la declaración de semejante sér, es sobre la que se basa una acusación capital!

El abuelo Chandoré parecía bastante embarazado.

—Con todo eso, ¿qué vamos hacer de ese miserable idiota?

—Yo mismo voy al instante, respondió el señor Seneschal, á conducirlo al hospital y á prevenir de su hallazgo al doctor Seignebo y al procurador de la República.

El doctor Seignebo tenía incontestablemente sus ridiculeces, y todas las burlescas aventuras que le atribuían sus enemigos, no eran ni para imaginarse.

Tenia en todo caso esa cualidad que ha llegado á hacerse rara, profesar por su "arte," como él decía, un respeto que rayaba en fanatismo.

La Facultad, según él, era impecable y espontáneamente le atribuía la infabilidad que se le niega al Papa. Confesaba en la intimi-

dad, que algunos de sus colegas tartamudeaban ya por la edad, pero jamás hubiera permitido á un profano emitir delante de él aquella irreverente opinion.

En el momento en que un hombre estaba proveido de aquel famoso diploma que confiere el derecho de vida y muerte, aquel hombre, á su modo de ver las cosas, debía ser para el vulgo un personaje adusto. Era un crimen, á sus ojos, el no someterse ciegamente al mandato de un médico.

De allí en su obstinacion en darle en la cabeza al señor Galpia-Daveline con sus penosas contradicciones y la sranqueza con la cual habia rogado á los "efiores de la justicia" procedieron fuera de la recámara donde cuidaban á su enfermo.

—Porque esos diablos, habia dicho, matarian á un hombre, para encontrar los medios de hacer cortar la cabeza á otro....

Y en seguida, tomando sus pinzas, su bisturi y su esponja, se habia puesto á la obra y con la ayuda de la señora de Claudieuse comenzó de nuevo á extraer los granos de plomo que habian desgarrado las carnes del conde.

A las nueve habia acabado.

—No pretendo haber extraido todo, declaró modestamente, pero si quedan todavia algu-

nos granos, están fuera de mi alcance y es preciso esperar á que algunos síntomas me revelen su presencia.

Por lo demás, asi como lo habia previsto, la situacion del conde parecia muy empeorada. A su primera exaltacion habia sucedido una pos-tracion tan grande que parecia insensible á todo lo que pasaba en derredor de su lecho.

La fiebre traumática comenzaba á manifestarse por ligeros estremecimientos y dada la constitucion del conde era natural preever que el dia no trascurriria sin que el delirio se apoderara de su cerebro.

—He considerado sin embargo el peligro como insignificante, dijo el señor Seignebois á la condesa, despues de haberle hecho notar para que no se alarmara, todos los accidentes que podian sobrevenir y de haberle recomendado, sobre todo que nadie se aproximara al lecho de su marido, y el señor Galpia Daveline menos que cualquier otro.

La recomendacion no habia sido inútil, porque casi en el mismo instante un labriego fué á anunciar que una persona de Sauveterre deseaba hablar al señor de Claudieuse.

—Que veaga, respondió el doctor. Soy yo quien va á recibirlo.

Era un tal Tétard, antiguo escribano que

había vendido su estudio para dedicarse al comercio de piedras.

Solo que además de haber sido antiguo oficial ministerial y comerciante, según las cartas que llevaba el dicho Têtard, era el representante de una compañía de seguros contra incendios.

Con aquel último carácter se atrevió á presentarse, declarando á la condesa que deseaba hablar á su marido.

Había oido decir que los edificios de Valpinoso asegurados por su compañía, acaban de ser destruidos y que el incendio lo habia causado á sabiendas el señor de Boiscoran, queriendo sobre aquel asunto conferenciar con el señor de Claudieuse. Léjos de él, protestaba, el pensamiento de declinar la responsabilidad de su compañía; solamente queria reservarse para ella el recurso contra el señor Boiscoran, que poseyendo una fortuna, seria condenado á pagar el siniestro del cual habia sido autor. Pero eran necesarias ciertas formalidades que venia á arreglar con el señor Claudieuse, para tomar de acuerdo con él, Têtard, las medidas.

—Y yo, os recomiendo me mostreis los talones... exclamó el doctor Seignebos con voz tonante, pues os encuentro demasiado atrevido para hablar así del nombre del señor de Boiscoran....

El señor Têtard se fué sin decir una palabra, y emocionado por aquel incidente, el doctor examinó á la hija más pequeña de la señora de Claudieuse, á la que ella veló en el momento de la catástrofe, y que estaba decididamente mejor.

Después de aquello nada más le detenia en Valpinson.

Guardó cuidadosamente en su estuche los granos de plomo extraídos de las heridas del conde; después llevando á la señora de Claudieuse hasta el dintel de la pobre habitacion:

—Antes de alejarme, señora, dijo, tengo que preguntaros qué pensais de los acontecimientos de anoche...

Más pálida que un muerto, la desgraciada mujer no parecia estar en pie sino por un milagro de energia. En ella solo sus ojos tenian vida, pues brillaban con una luz extraordinaria.

—¡Eh!.... lo sé acaso, señor, respondió con voz débil. ¿Puedo, después de tan rudas pruebas, tener bastante cabeza para reflexionar....

—¡Sin embargo, habeis interrogado á Cocolé.

—¡Cómo no lo habia de interrogar para descubrir la verdad!...

—¿Y el nombre que pronunció no os dejó estupefacta?...

—Debeis haberlo visto, señor...

—Lo ví y por eso insisto en saber vuestra opinion sobre el estado mental de Cocolé.

—El desgraciado es idiota, señor, ¿no lo sabeis?

—Lo sé y por eso me he sorprendido de vuestra insistencia para hacerlo hablar. Pensais, pues, que en despecho de su inbecilidad habitual, puede tener alguna luz de razon....

—Acababa un momento antes de arrancar á mis hijas de las llamas...

—Eso prueba su adhesion por vos.

—Me está reconocido en efecto, como podría estarlo un animal á quien hubiera recogido consergándole mi cuidado....

—Sea... Y por lo tanto su accion demuestra más que un instinto puramente bestial...

—Es posible. ¡ Ha llegado á sorprender en Cocolé ciertos brillos de inteligencia.

Habiéndose quitado sus anteojos de oro, el doctor se los colocó de nuevo con furor.

—Es una lástima, gruñó, que uno de esos brillos no le hayan iluminado cuando vió al señor de Boiscoran prender el fuego preparándose á asesinar al señor de Claudieuse.

Como si se ¡sistiera próxima á desfallecer, la señora de Claudieuse se apoyó en el marco de la puerta.

—Es precisamente, murmuró ella, á la emocion que resintió viendo las llamas y escuchando las detonaciones de fuego, á lo que atribuyo que haya despertado la razon de Cocolé....

—¡ Es posible!.. dijo el doctor, ¡ es posible! .

Y colocándose los anteojos:

—Eso, añadió, es lo que decidirán los peritos, al examen de los cuales va á someterse á ese miserable imbécil....

—Cómo, ¡ van á examinarlo!...

—Si, muy de cerca, señora, os lo prometo... Por ahora, tengo el honor de desiros hasta la vista, porque volveré aquí esta tarde si no os decidis á instalaros en Sauveterre, lo que desde luego desearia, porque vuestro marido y vuestra hija están muy mal en esta cabafia.

Y diciendo esto, se puso un ligero sombrero de anchas alas.

El doctor Seignebois regresó á Sauveterre y se fué derecho á pedir imperiosamente al señor Seneschal el arresto de Cocolé.

Desgraciadamente, los genlarmes habian buscado en vano, y el señor Seignebois, que veia el desagradable aspecto que iba tomando el negocio de Santiago, comenzaba á impacientarse horriblemente, cuando el sábado, á las diez de la noche, el señor Seneschal entró en su casa exclamando:



—¡Cocolé ha sido encontrado!...
De un salto el doctor se puso de pie, con el baston en la mano y el sombrero en la cabeza, preguntando:

—¿Dónde está?

—En el hospital, donde yo mismo lo he instalado en una pieza aislada...

—Voy corriendo.

—¿Cómo! ¡á esta hora?

—¡No soy uno de los médicos del hospital, para tener el derecho de que me abran, tanto de noche como de día!...

—Las hermanas estarán acostadas....

El doctor cambió por lo menos diez veces de resolucion, alzando los hombros.

—Es justo, dijo, seria un sacrilegio turbar su sueño á esas hermanas, á esas queridas hermanas como las llamáis vosotros!.... ¡Ah! señor corregidor, ¿cuándo adoptaremos, pues, la medicina laica, cuándo sustituiremos á vuestras santas hijas con buenos y fuertes enfermeros?

El señor Seneschal habia tenido sobre aquel asunto demasiadas discusiones con el doctor para entablar una nueva discusion. Se calló é hizo bien, porque el doctor Seignebos volvió á sentarse diciendo:

—¡En fin!.... lo dejaremos para mañana.

VI

“El hospital de Sauveterre, dice la *Guia Joanne*, es, á pesar de sus reducidas proporciones, uno de los mejores establecimientos hospitalarios en toda la extension del departamento de Les Deux Charentes. La capilla y los nuevos departamentos son debidos á la piadosa munificencia de la condesa de Maupaisan, viuda del ministro de Luis Felipe.”

Pero lo que no dice *Joanne*, es que el hospital debe al señor Seneschal la fundacion de tres lechos para las mujeres grávidas.

Igualmente se cuenta entre lo último construido, los dos pabellones que flanquean la gran puerta.

Uno de esos pabellones, el de la derecha, está ocupado por el portero, el señor Vaudevin, un viejo soberbie que, en otro tiempo, estuvo de alabardero de la catedral, y todavia re-